

ellos mismos devastaron y dejaron desiertas?» «Que el salio, dice Claudiano, labre nuestros campos, que el sicambro encorve su espada para hacer de ella una hoz.» En la Edad media y hasta en nuestros días se ha conservado en los nombres de muchas localidades el recuerdo de esas colonias de agricultores bárbaros.

De manera que, según confesión de los mismos romanos, á los germanos incumbe en parte el cuidado de asegurar la riqueza y la seguridad del Imperio. Pero esos bárbaros no se resignan á formar las capas inferiores de la población y del ejército, sino que disputan á los romanos los honores, los cargos públicos y sobre todo el mando de las tropas: Constantino, según parece, fué el primero en investirles de funciones y de dignidades y aun en elevarlos al consulado, y Juliano, que le censura por ello, hace otro tanto. En tiempo de Constancio hay en la corte muchos y muy poderosos francos, y Amiano Marcelino nos refiere que durante toda la segunda mitad del siglo IV los ejércitos están en manos de oficiales superiores y generales germánicos. Entre las varias historias que podríamos citar, mencionaremos la de Charietto, por ser altamente instructiva: era éste un aventurero bárbaro acostumbrado al bandlerismo y á los golpes de mano; un día abandona su país y se establece en Tréveris, en donde se le ocurre la idea de defender las ciudades de la Galia contra los ataques de los bárbaros. Animado de tales propósitos, va á sorprender en los bosques á hordas de germanos, mientras están sumidos en la embriaguez ó en el sueño, y cortando las cabezas de aquellos á quienes ha dado muerte, regresa á Tréveris para mostrárselas á los habitantes de esta ciudad. Muy pronto es jefe de una cuadrilla de bandidos y se pone al servicio de Juliano; algunos años más tarde lo encontramos investido de un importante mando militar en las dos Germanias.

Si son generales y cónsules, ¿por qué no han de alcanzar puestos aún más elevados? Ya en el siglo III, Maximino, hijo de un godo y de una alana, llega á ser emperador, si bien oculta su origen; el emperador Galiano se casa con la hija de un rey marcomano, Pipara, «y envejece en el amor de una mujer bárbara,» según dice un contemporáneo; Bonoso, que en el reinado de Probo usurpa el Imperio en Galia, está casado con una goda, Hunila, de regia estirpe. En el siglo siguiente, algunos bárbaros se apoderan osadamente del poder: Magnencio, el asesino de Constante, rival de Constancio, es hijo de un *lete* ó de un prisionero germano, y es vencido á consecuencia de la defección de un general de origen franco, Silvano, el cual á su vez se hace proclamar emperador. En 391, el emperador Teodosio, al verse obligado á dejar el Occidente, confía al franco Arbogasto la tutela del joven Valentiniano II; éste quiere despojar al germano del cargo de maestro de la milicia; pero Arbogasto le responde: «Tú no me has dado este poder y no puedes quitármelo.» Poco después se desembaraza de su pupilo, y aunque no se atreve á otorgarse á sí mismo la dignidad imperial, la confiere al retórico Eugenio, que no será más que un instrumento suyo. Teodosio venció á este rebelde, pero no cambió de política á pesar de la traición de Arbogasto, sino que á su muerte confió á Estilicón, de origen vándalo, el cuidado de velar por sus hijos y de defender el Imperio. En situación inferior á Estilicón otros bár-

baros, Gainas, Tribigildo, Fravitta y Sarus, acaudillan ejércitos. De los dos hijos de Teodosio, Honorio es yerno de Estilicón y Arcadio del franco Bauto.

VI.—*Sentimientos de los germanos hacia Roma; sentimientos de los romanos y de los cristianos hacia los bárbaros.*

Esos germanos que pueblan los ejércitos y los campos y que se apoderan de las funciones públicas, no se hacen cargo de la próxima ruina de Roma ni de la parte que toman en ella. Con mucha razón se ha dicho: «El Imperio no era para ellos un enemigo, sino una carrera; á él acudían en busca de fortuna individuos, familias, hordas, pueblos.» El visigodo Atanarico, que durante el reinado de Teodosio visita Constantinopla, se maravilla y exclama: «¡Ah! No hay duda de que el emperador es un dios terrestre, y quien levanta contra él la mano merece la muerte (1).» Por más que devasten las provincias y derroten á los ejércitos imperiales, el culto de Roma se les impone; la extensión del Imperio, su prosperidad, su riqueza, la regularidad de sus instituciones les asombran, y al igual que los romanos, no conciben que su existencia pueda tener término. A veces se sublevan contra el emperador reinante, mas no se les ocurre la idea de suprimir el poder imperial.

Los romanos, por su parte, no les odian por sistema, y cuando los panegiristas felicitaban á los emperadores porque llenaban de germanos las legiones y las provincias, no lo hacían simplemente por adulación, sino que expresaban la opinión general. Imaginábanse los romanos á los pueblos bárbaros sucesivamente sometidos, disciplinados y gastando en adelante sus mal organizadas fuerzas al servicio de Roma, y se sentían orgullosos de tal obra como pueden sentirse los que doman la rebelde y amenazadora naturaleza. Inteligencias ilustradas y generosas creían de buena fe resuelto el problema del peligro bárbaro que tres siglos antes llenaba de angustia á Tácito. Indudablemente las costumbres brutales de los soldados germanos, la fortuna brillante y el crédito de sus oficiales despertaban cóleras y celos; la misma Roma tomaba una fisonomía extraña, hasta el punto de que en 397, 399 y 416 se dictaron leyes prohibiendo los cabellos largos, las botas, los calzones y todas las prendas germánicas que se habían puesto en moda y que habían adoptado algunos emperadores como Graciano; pero estos inconvenientes no podían hacer olvidar las ventajas que se obtenían haciendo trabajar y combatir á la Germania en provecho del Imperio. Sólo más tarde, cuando los godos hubieron entrado en Roma, cuando los bárbaros se diseminaron como amos por las provincias, disipáronse las ilusiones y se vió que aquella política que había parecido tan hábil todo lo había abandonado á los germanos. «La misma Roma, dice entonces Rutilio Namaciano, estaba entregada á los soldados cubiertos de pieles de animales, y era cautiva antes de ser tomada.»

«*Ipsa satellitibus pellitis Roma patebat
Et captiva prius quam caperetur erat.*»

(1) Jordanis, capítulo 28. Por lo que se refiere al período anterior, Fustel de Coulanges, en *L'invasion germanique*, pág. 312 y siguientes ha reunido varios hechos del mismo género.

Allá por el año 400 todavía duraba el hechizo: uno de los mejores patriotas de aquel tiempo, Claudiano, cantaba las victorias del vándalo Estilicón; pues bien, Claudiano, á pesar de sus flores retóricas y de sus anticuadas alegorías, ama profundamente á Roma y habla de ella con elocuencia: «Ella es, dice, la única que ha recibido en su seno á aquellos á quienes había vencido, y portándose como madre, no como reina, ha dado un mismo nombre á todo el género humano, haciendo ciudadanos de aquellos á quienes ha domado, y juntando con sagrados lazos los pueblos apartados unos de otros. Gracias á su política pacífica en todas partes encontramos una patria y todos juntos no formamos más que una nación. ¡La dominación romana jamás tendrá fin!» Los peligros que amenazaban al Imperio en el siglo IV habían reavivado el patriotismo en muchas almas. ¿Qué sería sin Roma de la brillante civilización que bajo la protección de ésta se había desarrollado? Roma fué la madre amada á la que se quería con mayor ternura á causa de las glorias de su pasado, de los dolores que había sufrido y de las esperanzas que en ella se encarnaban; aun después de las victorias de Alarico, muchas almas siguieron conservando en parte su fe (1).

Y este patriotismo lo sentían no sólo los representantes de las antiguas familias de Roma, sino que también los provinciales: Claudiano, en efecto, es oriental, y Rutilio Namaciano galo. Entre todas las provincias, la Galia es romana por afecto: los emperadores que en ella fueron proclamados en el siglo III ó á principios del IV considerábanse como emperadores romanos, no como representantes de aspiraciones nacionales, y su mandato no consistía en libertar á la Galia del poder de Roma, sino en defenderla contra las incursiones de los bárbaros (2). Se han equivocado, pues, los historiadores modernos que, apoyándose en hechos mal interpretados, como por ejemplo las sublevaciones de los bagaudios, ó en algunos textos aislados, han tratado de representar á la Galia como dispuesta en toda ocasión á rebelarse contra Roma y á aliarse con los germanos.

Se ha acusado á veces á los cristianos de haber separado en este punto su causa de la del Imperio y de haber saludado en los bárbaros á unos aliados contra Roma. Es verdad que uno de ellos, Comodiano, predice á mediados del siglo III que los godos invadirán el Imperio y pondrán término á la persecución de los santos, y que los presenta apoderándose de Roma, llevándose cautivos á los senadores y tratando, por el contrario, á los cristianos como hermanos, con lo cual se anunciará el próximo fin del mundo; pero este grito de maldición es lanzado en lo más terrible de las persecuciones y en la época de aquella larga guerra gótica que pareció amenazar la existencia del Imperio, no debiendo, por consiguiente, buscarse en esta profecía la expresión de los sentimientos ordinarios de los fieles. Ya hemos visto que la mayor parte de los cristianos no deseaban la caída del Imperio; con lo que sueñan es con la conquista religiosa del mundo bárbaro, de lo cual se burla en el siglo II uno de sus más ingeniosos adversarios, Celso. «Si fuese posible, dice éste, sería realmente hermoso que la comunidad de una misma fe

uniera á los pueblos de Asia y de Africa, así griegos como bárbaros, hasta los extremos de la tierra; pero no hay en el mundo idea ni propósito más quiméricos.» Pero por lo menos los cristianos, animados por tales esperanzas, no hacen traición al Imperio, y escritores eclesiásticos hubo más adelante que sinceramente creyeron que la religión nueva, propagada entre los bárbaros, les conquistaría no sólo á la causa de Cristo, sino que también á la de Roma. Así, por ejemplo, Paulino de Nola, cuando celebra los resultados de la predicación de su amigo Nicetas, obispo de Dacia, entre los godos, los besses y los escitas, dice: «Gracias á ti, los bárbaros aprenden á cantar al Cristo con corazón romano y á vivir tranquilos y castos en la paz.» Estos sentimientos se modificarán andando el tiempo; Salvia no exaltará las virtudes de los bárbaros y censurará los vicios romanos, y el historiador Orosio se consolará de la caída del Imperio con los progresos del cristianismo.

CAPÍTULO III

VISIGODOS, BURGUNDIOS Y FRANCO (3)

I. Los hunos en Europa y la invasión de 406.—II. Llegada de los visigodos, de los burgundios y de los francos á Galia.—III. Aecio y Atila.—IV. Los galo-romanos y los bárbaros.—V. Eurico y Gondebaudo.—VI. Los bretones en Armórica.—VII. Poder del episcopado.

1.—*Los hunos en Europa y la invasión de 406*

En la segunda mitad del siglo IV, grandes movimientos de poblaciones arrojaron sobre las provincias pueblos bárbaros enteros.

En efecto, entonces aparecen los hunos que pertenecen á la gran masa nómada de los tártaros y que espantan á los mismos bárbaros tanto como á los romanos.

«Este pueblo, escribe Ammiano, poco conocido por los monumentos, excede en barbarie á todo cuanto pueda imaginarse. Apenas nacen las criaturas se les surcan las mejillas con profundas heridas á fin de im-

(3) FUENTES.—Una gran parte de los textos relativos á este período están reunidos en Dom Bouquet, *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, tomos I y II, y en Migne, *Patrologia latina*. Muchos han sido nuevamente editados en los *Monumenta Germaniae historica*, serie en 4.^o, *Auctores Antiquissimi Leges* (Sidonio Apolinario, Salviano, Jordanis, Gregorio de Tours, *Chronica minora*, *Leges Burgundionum*) y en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, publicada por la Academia de Viena (Orosio, Paulino de Pella, Salviano). Las vidas de los santos que tienen utilidad para la historia están enumeradas en Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, 1902, págs. 46 y siguientes, con indicación de las colecciones en donde se encuentran.

OBRA DE CONSULTA.—Además de las obras ya citadas de Fustel de Coulanges, Wietersheim, Waitz, Sybel, Dahn, Lamprecht, Brunner y Schröder: Dom Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, 1872-92. Fauriel, *Histoire de la Gaule méridionale sous les conquérants germaniques*, 1838. Petigny, *Etudes sur l'histoire, les institutions et les lois de l'époque mérovingienne*, 1842-1845. Digot, *Histoire du royaume d'Austrasie*, 1863. Longnon, *Géographie de la Gaule au VI^e siècle*, 1878. Binding, *Das Burgundisch-Romanische Königreich*, 1868. Jahn, *Geschichte der Burgundionen*, 1874. Caillemier, *L'établissement des Burgondes dans le Lyonnais*, 1877. Bethmann-Hollweg, *Der Civilprozess im Mittelalter*, tomo I, 1867. Dahn, *Die Könige der Germanen*, tomo V, 1876, tomo VI, 1885. Yver, *Euric roi des Wisigoths*, en los *«Etudes d'histoire du Moyen Age»* dedicados á G. Monod, 1896.

(1) Véanse en la pág. 206 de este tomo los hermosos versos, llenos todavía de esperanza, de Rutilio Namaciano.

(2) Véase el presente tomo, págs. 255 y 258.